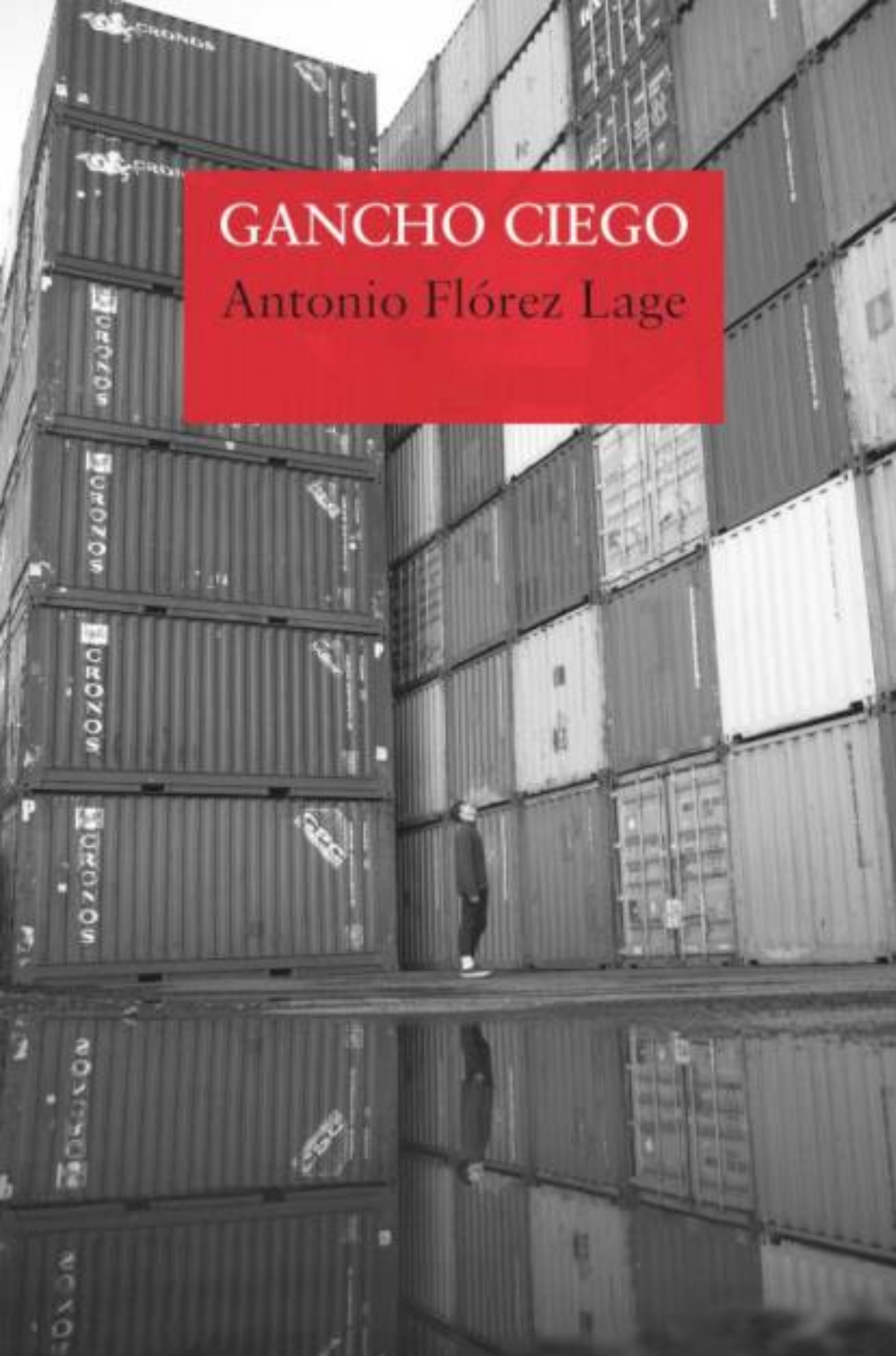

GANCHO CIEGO
Antonio Flórez Lage

El Puerto es uno de los lugares más peligrosos del planeta. Y está justo aquí al lado, en cualquier ciudad costera europea. Con solo atravesar el control de acceso, abandonas la ordenada vida del primer mundo para adentrarte en un salvaje estado independiente, un hostil territorio regido por su propia ley. Para sobrevivir en él es necesario conocerla. Y respetarla.

En el Puerto, el Gallego, un curtido aduanero, hace y deshace a su antojo. Manejando los hilos desde un discreto segundo plano, mantiene a raya a las distintas mafias y saca tajada de las decenas de operaciones ilegales que se suceden diariamente. Nada ocurre en el Puerto sin pasar antes por sus manos o, de no ser así, sin que alguien pague las consecuencias por ello. El Puerto tiene incluso su propia comisaría. Allí trabajan el resabiado inspector García, que conoce de memoria cada enredo, y su aún inexperto compañero, Santamaría. Cuando la hija de un gerifalte aparece asesinada en el Puerto, poniendo así el foco sobre ese oscuro epicentro de corrupción, la pareja de investigadores se hace cargo de un caso que, a lo largo de una semana, los sumergirá de lleno en las entrañas del Puerto, un violento universo que escapa por completo a su autoridad…

La excelente y veraz ambientación de *Gancho ciego*, novela auténtica, dinámica y visual, perfila a Antonio Flórez Lage como una de las figuras más prometedoras del género negro en español.

Índice de contenido

Cubierta

Gancho ciego

Prólogo

Lunes

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13

Martes

- 1
- 2

3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

Miércoles

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

12
13
14

Jueves

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15

Viernes

1
2
3
4

5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19

Epílogo

Sobre el autor

Verás que todo es mentira,
verás que nada es amor,
que al mundo nada le importa,
yira, yira.
Aunque te quiebre la vida,
aunque te muerda un dolor,
no esperes nunca una ayuda,
ni una mano, ni un favor.

Tango de Enrique Santos Discépolo

Si se nos pide que citemos las ciudades más peligrosas del mundo, a muchos les vendrá a la cabeza Tijuana por las noticias que salen en la prensa, otros pensarán en algún lugar de Venezuela, Colombia o Brasil; pero pueden apostar a que ninguno incluirá jamás una urbe europea en la lista.

Los que observan el Puerto desde la distancia no imaginan lo que ocurre dentro y los trabajadores portuarios no hablan. Como hay demasiado dinero en juego, el truco reside precisamente en mantenerlo todo oculto. Sin embargo, los niveles de corrupción, contrabando, violencia y delincuencia lo sitúan entre las peores barriadas del planeta. Y no se encuentra en un país exótico, está justo aquí al lado. Un sencillo muro hace de frágil cordón sanitario y marca la frontera entre lo infectado y lo sano. Con solo atravesar el control de acceso de la Guardia Civil, abandonas la apacible vida del primer mundo y te adentras en una jungla siniestra y salvaje.

El Puerto es un engendro de hormigón y cemento que ocupa una extensión gigantesca. Sus miles de hectáreas están salpicadas de grúas en movimiento que provocan una permanente sensación de inestabilidad y peligro. El chorreo con arena a presión para eliminar la pintura de los buques en el astillero desprende un negruzco polvo tóxico que flota en el ambiente. El aire es denso, pesado como el plomo, y llueve pintura; las gotas se depositan sobre coches y edificios convirtiendo en lija las superficies lisas. Allí todo es hostil.

El Puerto se extiende a partir de una avenida principal de la que salen ramales hacia sus cuatro grandes áreas de

actividad: los muelles de atraque, la terminal de contenedores, el astillero y los depósitos de combustible. A pesar de que desde la distancia no lo parece, allí todo es descomunal. Muelles kilométricos, buques portacontenedores mayores que un estadio olímpico, cruceros con más pasajeros que habitantes tiene un pueblo pequeño, plataformas petrolíferas que se elevan cual rascacielos, una terminal de contenedores del tamaño de cien campos de fútbol y depósitos de gasoil con suficiente combustible como para volar media provincia. Al sur de la avenida principal, en la zona más próxima al mar, es muy fácil perderse entre almacenes, naves industriales, solares y viejos edificios de oficinas. Allí trabaja el personal que hace que el complejo mecanismo ruede sin detenerse –estibadores, mecánicos navales, agentes de aduanas, consignatarios, navieras…–, junto con los funcionarios encargados de administrar y controlar su funcionamiento: Aduanas, Autoridad Portuaria, Capitanía Marítima…

La actividad en el Puerto nunca cesa, a diario salen y llegan barcos con tripulantes de lejanos países. Se mueven millones de toneladas de las más variadas mercancías, mientras un torrente continuo de vehículos circula sin parar entre la zona portuaria y la ciudad. Semejante flujo dificulta el control, haciendo que las posibilidades de sacar tajada sean infinitas. Allí dentro nada es imposible, todo queda impune.

El Puerto es un estado independiente que se rige por sus propias normas. Para sobrevivir es necesario conocerlas y respetarlas.

Lunes

1

Son las doce y dos minutos, el lunes acaba de comenzar. La tenue luz de las farolas proyecta siniestras formas sobre las naves industriales del Puerto. Harry se encuentra en uno de esos grandes almacenes. Está descalzo, sentado con las manos atadas a la espalda, a merced de los que lo golpean. La sangre mana a borbotones de su nariz reventada mientras un millón de agujas incandescentes irradian los latidos de dolor hasta el cerebro. El puñetazo que le ha roto el tabique lo ha dejado desorientado, aturdido, pero la angustiosa sensación de asfixia hace que se espabile. Como no puede respirar por la nariz, boquea desesperadamente intentando que el aire llegue a sus pulmones.

Pensaba que al tratarse de los japoneses se salvaría, que todo quedaría en un aviso, un escarmiento; pero ahora, con las pupilas dilatadas por el dolor y la oscuridad, es capaz de verlo todo muy claro. Se estaba engañando, va a morir. La única incógnita es saber el dolor que le espera. Por desgracia, cuando abres la caja de las verdades incómodas ya no puedes volver a cerrarla, y tiene la horrorosa certeza de que no va a ser rápido. No le van a quitar la vida, se la van a arrancar a golpes. Está a punto de sollozar, compadeciéndose de sí mismo; pero no le da tiempo, un nuevo puñetazo lo saca de sus conjeturas. Ha sido en las costillas. Vuelve la angustiosa falta de oxígeno y el grito se le queda mudo en la boca. Tiene los ojos desencajados; un hilo de baba sanguinolenta cuelga de sus labios. Pocos segundos después le destrozan las rodillas a martillazos. Loco de dolor, chilla como un cerdo. Antes de poder recuperarse, recibe un nuevo puñetazo en el costado. Los gol-

pes empiezan a ser tan seguidos que no le da tiempo a pensar. Eso es bueno, la mente solo trae terror.

Cuando los japoneses terminan con Harry, su cuerpo apenas es reconocible, solo un desfigurado montón de carne sanguinolenta. Sin cerciorarse de que ha muerto –aunque parece lo más probable–, el jefe da la orden de trocearlo. En la misma nave hay instrumental y maquinaria de sobra para ello. No es una operación profesional ni especialmente cuidadosa, pero tampoco hace falta; las instalaciones cumplen la normativa: son *de fácil limpieza y desinfección*. Meten los pedazos en bolsas de basura, y estas, a su vez, dentro de un par de enormes macutos de lona. Completado el proceso, lo trasladan al muelle pesquero en una furgoneta. Los marineros suben la escala de acceso al buque con los pesados petates en los que suelen llevar sus pertenencias sin levantar la más mínima sospecha.

A los pocos minutos, en plena oscuridad, zarpa el gran atunero de bandera japonesa. Abandona el Puerto muy lentamente, escoltado por el práctico.

En ese instante, el Gallego hace la llamada:

–Los japos han resuelto la mitad del problema. Ahora hay que ocuparse del otro…

–El socio de Harry está escondido dentro del Puerto. Alguien le dio el chivatazo… Necesitamos encontrarlo cuanto antes.

–Ese pobre idiota se va a arrepentir de haber logrado escapar. Aviso al Serbio.

2

Aunque aún es temprano, no hay rastro de la habitual brisa fresca de las mañanas. Los portuarios se dirigen resignados y soñolientos a sus puestos de trabajo. Después de un tórrido domingo de playa, el lunes se afronta con desgana. Las previsiones dan ola de calor para la semana y la sofocante humedad pegajosa que se avecina no invita al optimismo.

El Gallego atraviesa por el control de la Guardia Civil el muro que separa la ciudad del Puerto. Va conduciendo con una sola mano, en la otra sostiene el cigarro. El codo izquierdo, apoyado sobre la ventanilla abierta, sobresale ligeramente. Su reluciente Ford Mustang del 68 color granate no está equipado con aire acondicionado, es el precio que debe pagar por tener un elegante vehículo de coleccionista que resulta inconfundible. Le gusta hacerse ver para transmitir a todo el mundo que siempre está vigilando, controlando. Cuando termina el pitillo, lo lanza con fuerza contra el asfalto.

Ha quedado para desayunar en el bar del Sucio, pero antes debe hacer varias gestiones. Avanza lentamente con su vehículo por las rotondas de la avenida principal del Puerto, respetando la norma de velocidad —un límite de cuarenta kilómetros por hora que nadie cumple jamás—, mientras coches, furgonetas y camiones lo adelantan como cohetes. Cuando las aseguradoras no cubren los accidentes en los recintos portuarios, es por algo… Conducir en el Puerto es como sobrevivir en la sabana: o eres grande o eres rápido. Únicamente él, con su elegante Ford Mustang, puede permitirse una opción diferente. Mira por el retrovisor central de su coche, del que cuelgan un alfil y

un caballo de ajedrez, antes de girar por una bocacalle. Se dirige a Friomil: la mayor nave refrigerada del Puerto, una construcción colosal en cuyas enormes salas se almacenan millones de kilos de pescado congelado.

La gran explanada frente a Friomil está ocupada por una tumultuosa acumulación de camiones que maniobran hasta dejar los contenedores posicionados en los muelles para la descarga que tiene el edificio. Son como cachorrillos que se acercan a la nave para amamantarse, pero en vez de succionar leche, lo que hacen es vomitar miles de cajas de pescado. El Gallego atraviesa la zona evitando por milímetros a uno de los pesados vehículos y aparca directamente sobre la acera; luego saca la cajetilla de tabaco y enciende un nuevo cigarro con su Zippo mientras pasa bajo el cartel que prohíbe fumar en las instalaciones.

Entra en la nave y accede directamente a la sala de recepción de mercancías: un amplio espacio diáfano con ocho grandes huecos. La sala está un poco elevada del suelo, justo a la altura de los camiones para que, al dar marcha atrás, puedan dejar los contenedores encajados frente a cada una de las aberturas. De esa forma, la descarga es mucho más sencilla.

Allí dentro el barullo es monumental. Los operarios, tipos fibrosos de aspecto rudo y mirada peligrosa, están vaciando a mano los contenedores. Una a una, colocan las grandes cajas de pescado sobre los palés de madera. Alrededor de ellos, cual enrabietadas abejas, se mueven sin cesar las transpaletas y los toros industriales con sus largas varas de metal para transportar los palés. Todos giran y circulan a una velocidad vertiginosa desde la zona de descarga hasta las cámaras de congelación, al fondo de la nave. Los pitidos de las máquinas al meter la marcha atrás, multiplicados por el eco que se produce allí dentro, generan un ruido atronador.

—Buenos días, Raúl —grita el Gallego para que el encargado de la sala lo escuche.

—Vamos a mi despacho.

El Gallego sonríe, llamar despacho a ese cuartucho con olor a rancio es algo solo al alcance de ese estúpido pretencioso de melenita rubia. Camina tras el encargado mirando al suelo. Sobre el pavimento de color rosa fuerte —un tono inapropiado y cursi para el Puerto, pero ideal para disimular las manchas de sangre— hay dibujada una franja amarilla que no debe abandonar en ningún momento si no quiere ser atropellado. Se supone que los conductores de las máquinas respetan esa angosta línea gualda de seguridad y dentro de ella no se corre peligro, pero la protección que ofrece la pintura es muy poco real.

—¡Aaaahhh! —Un grito terrible sobresale por encima del bullicio de la sala.

Las máquinas se detienen una tras otra y a los pocos segundos ya se ha hecho un extraño silencio solo interrumpido por los inquietantes alaridos. El Gallego intenta averiguar lo que pasa, pero solo observa una aglomeración de gente en una de las esquinas de la nave. Sale corriendo hacia allí junto al encargado. Los gritos continúan, son una mezcla de dolor y horror, como si estuvieran despellejando vivo a alguien.

Como los trabajadores se han congregado en un círculo cerrado, necesitan forcejear para abrirse paso. En el suelo, sujetándose la pierna con ambas manos y chillando sin parar, hay un chico herido. La pierna le hace un doble ángulo absurdo, como si tuviera dos rodillas.

—¿¡Qué cojones…!? —grita el encargado.

—Se me ha metido detrás. Al girar le he golpeado con la vara de la transpaleta… Ha sido solo un toquecito…

—Pues le has tronchado la pierna.

—No puede ponerse ahí. ¡Estos chavales nuevos no tienen ni idea!

El encargado se inclina sobre el herido, que sigue chillando como un cochino, y saca un gran cúter amarillo de su bolsillo. El otro lo mira aterrado.